

Imaginarios, representaciones sociales y diferenciación interbarrial en la ciudad de Santa Fe, Argentina

Néstor Javier Gómez

Resumen

Este estudio analiza las representaciones sociales y los imaginarios que los habitantes de los barrios Guadalupe y Coronel Dorrego en Santa Fe (Argentina) construyen sobre su propio barrio y el colindante, marcados por una clara diferencia socioeconómica. El objetivo es identificar estas percepciones y su relación con las prácticas espaciales interbarriales. Mediante una metodología cualitativa con observaciones y entrevistas, la investigación revela que, más allá de los límites legales oficiales, los residentes crean sus propias demarcaciones y mapas mentales para identificarse y referenciar al "otro" barrio. Estos imaginarios, profundamente arraigados en la identidad e historia de cada lugar, dan lugar a calificativos y representaciones sociales específicas. Los resultados exponen cómo estas percepciones son clave para comprender las dinámicas de interacción y las tensiones cotidianas entre los habitantes de ambos fragmentos urbanos. Se concluye que existe una clara divergencia entre las delimitaciones institucionales y las fronteras simbólicas que realmente organizan la vida social y espacial de los vecinos, quienes desarrollan su cotidianidad en base a estas últimas.

Palabras clave: imaginarios; representaciones sociales; barrios; Santa Fe.

Abstract

Residents of different neighborhoods within a city tend to hold diverse perspectives regarding their own neighborhood and others, typically establishing a differentiation between an 'us' and a 'them'. This study investigates the social representations constructed by inhabitants of two adjacent neighborhoods—Guadalupe and Coronel Dorrego—in the city of Santa Fe (Argentina), which are marked by a significant socioeconomic disparity. From this standpoint, the objective is to identify and highlight the imaginaries and social representations that residents forge about their own neighborhood and the adjoining one, in order to understand their characteristics and, additionally, the relationship between these representations and certain inter-neighborhood spatial practices. Regarding the methodological strategy, an approach focused on interpretation and understanding is privileged, based on field observations and interviews. This work seeks to capture and comprehend the predominant features of the urban imaginaries of both neighborhoods, which circulate in the northeastern sector of the city of Santa Fe and through which citizens develop their daily lives in their own neighborhood and also interact with others. The findings indicate the existence of imaginaries and social representations rooted in the identity and historicity of each neighborhood, revealing the coexistence of a diversity of inter-neighborhood demarcations: legal ones and those used by inhabitants to identify both their own neighborhood and the adjacent one. It was identified that residents reference these neighborhood boundaries and construct their own mental maps, despite the existence of official delineations by 'neighborhood associations,' which are generally not mentioned or recognized as residential 'realms' by their respective inhabitants. Additionally, qualifiers used by inhabitants to refer to each other were identified, along with the social representations that harbor many of the keys necessary to understand the relationship between the inhabitants of the two neighborhoods and, likewise, to decode the spatial practices and everyday tensions that arise between the inhabitants of these urban fragments of Santa Fe.

Keywords: imaginaries; social representations; neighborhoods; Santa Fe.

Introducción

La ajardinada avenida Gral. Paz, a la altura del 7.800, parece dividir dos mundos. Hacia el este, se extiende el barrio de 'Guadalupe', donde se suceden casas y residencias con amplios jardines y viven grupos sociales acomodados de la ciudad de Santa Fe. Mientras, sólo una cuadra al oeste, el paisaje cambia abruptamente: el asfalto se termina y hay que encaramarse sobre un terraplén y cruzar las vías del tren por unos senderos para ingresar a un barrio donde el trazado urbano se retuerce, el barro aparece cada vez que llueve y la pobreza acecha: es el barrio 'Coronel Dorrego'. A uno y otro lado de la vía, se observan notorios contrastes morfológicos y sociales, configurándose un territorio 'fronterizo'. En este contexto, surge la inquietud de explorar acerca de las miradas que sus habitantes tienen respecto de su propio barrio y del lindero.

Entonces, recorrer el velo y adentrarse al mundo de los imaginarios y representaciones sociales que los protagonistas construyen y recrean, cada día, sobre los espacios barriales, es buscar el reconocimiento de la ciudad por medio de la proyección imaginaria (Silva, 2006, p. 29). Así, al rescatar las vivencias de los habitantes, el territorio se concibe como un espacio 'vivido' (Soja, 2008, p. 40), marcado y reconocido en su variada y rica simbología. Desde esta postura, interesa explorar cómo la ciudad es vivida y sentida por quienes la habitan. Si bien pueden ser miradas selectivas y a veces fragmentarias y reducidas, expresan que la ciudad no sólo es física, sino que también alberga una mentalidad urbana, tal como señala Silva (2006, p. 27).

El objetivo principal de este trabajo es rescatar y evidenciar imaginarios espaciales y representaciones sociales que las personas forjan acerca de su propio barrio y del lindero atravesados por una fuerte diferencia socioeconómica, a fin de aportar a su comprensión. Adicionalmente, se busca explorar relaciones entre dichas representaciones y ciertas prácticas espaciales interbarriales. Este análisis y sus resultados pueden constituirse en una herramienta pertinente para comprender procesos sociales contemporáneos que operan en las ciudades latinoamericanas. Lograr avanzar en la decodificación de las representaciones sociales e imaginarios puede contribuir a un conocimiento más integral de los contrastes urbanos y, de este modo, proponer estrategias de abordaje vinculados a la convivencia interbarrial, la cual se caracteriza por escasas interacciones y desconfianza.

Marco conceptual

“La inclusión de los imaginarios como una forma de comprender la relación de las sociedades con el espacio, constituye algo totalmente innovador; un desafío y por lo mismo un camino apenas iniciado”, señalan Lindón y Hiernaux (2012, p. 14). Tales autores, desde la geografía, señalan que algunos enfoques buscan superar la tradición atada a la descripción de la superficie terrestre y, así, se han orientado a la incorporación de la sociedad. Igualmente, los análisis han quedado encerrados en el énfasis de los vínculos materiales (visibles).

El concepto de paisaje permite dar cuenta de esas transiciones. En sus definiciones más tradicionales, alude a la imagen visible de una porción del espacio geográfico e implica ‘captar’ elementos naturales y antrópicos desde cierto punto de vista. La idea de paisaje remite, por una parte, a la ‘materialidad’ de lo que es captado y, por otra, a la ‘mirada’ del observador (Nel.lo, 2009, p.181). Es frecuente estudiar el ‘paisaje’ colocando el acento en la ‘forma’ y por lo tanto en todos aquellos elementos materiales (visibles) que lo constituyen. En cambio, al hacer foco en la ‘mirada’, se le asigna significatividad a la figura del observador, al sujeto, quien adquiere un papel activo en el proceso de configuración paisajística (Lindón, 2009, p. 217). Este acercamiento a la ciudad permite pensar en la existencia de tantos paisajes como ‘miradas’ de aquella existan.

Esta argumentación, además de procurar problematizar la noción de paisaje, permite tomar en cuenta y realzar el papel de la subjetividad humana. Es que no sólo se trata de ver, sino también de escudriñar cómo la ciudad es pensada y usada, buscando recuperar aquellos aspectos ocultos, latentes o no evidentes, pero que intervienen en su configuración territorial. Al respecto, Nel.lo (2009, p.184), señala que “La ciudad, por su naturaleza, pertenece a la categoría de paisajes que pueden ser concebidos y sentidos, pero no pueden ser vistos”, y para ello recurre a una frase de Ortega y Gasset:

Tengo yo ahora en torno mío hasta dos docenas de robles graves y de fresnos gentiles. ¿Es esto un bosque? Ciertamente que no, estos son los árboles que veo de un bosque. El bosque verdadero se compone de los árboles que no veo. El bosque es una naturaleza invisible (...).

Agregando luego:

Los árboles no dejan ver el bosque, y gracias a que así es, en efecto, el bosque existe. La misión de los árboles patentes es hacer latente el resto de ellos, y sólo cuando nos hayamos dado perfecta cuenta de que el paisaje visible está ocultando otros paisajes invisibles, nos sentimos dentro del bosque (Ortega y Gasset, 2005, p. 103 en Nel.lo, 2009, pp. 184-185).

Trazando una analogía entre el bosque y la ciudad, podemos pensar que en las urbes los elementos de su paisaje visible -las edificaciones en un primer plano-, por ejemplo, nos impiden ver el resto. Odette Louiset (Lindón, 2009, p. 219), da cuenta que estudiar las ciudades exclusivamente en términos de su materialidad, da como resultado hacerlas invisibles.

De esta manera, un enfoque más abarcativo implica asumir aquello que está más allá de lo evidente. Es así como resulta pertinente evocar el concepto de ‘representación’ para interrogar a los ciudadanos respecto de cómo piensan y viven la ciudad. También, respecto de aquello que perciben e imaginan de ella. Un antecedente relevante en esta materia fue planteado por Jodelet (1986, p. 475), quien sostiene que “el acto de representación es un acto de pensamiento por medio del cual un sujeto se relaciona con un objeto”, agregando luego que “representar es re-presentar, *hacer presente en la mente, en la conciencia*” una cosa, persona, un acontecimiento material o una idea. Cabe señalar que esta base imaginaria incide sobre la manera en que los habitantes ven a las ciudades.

Posteriormente, desde una perspectiva geográfica, Bailly (1992, p. 372), retomando a Guérin (1989), plantea el concepto de ‘representación’ del siguiente modo: son aquellas “creaciones sociales o individuales de esquemas pertinentes de lo real”, agregando que estos esquemas “nos ayudan a comprender la organización del espacio, a juzgarlo y a practicarlo” y además “hacen referencia a nuestros valores sociales y a nuestro potencial personal”.

En sintonía con ello es viable plantear que las representaciones están fundadas sobre la apariencia de los objetos y no sobre ellos mismos. Bajo esta concepción, el análisis puede suponer la supresión de algunas percepciones o el sobredimensionamiento de otras. Según Bailly (1992, p. 376), el ser humano moviliza algunos componentes espaciales al interactuar con el espacio, los cuales son de dos tipos: unos

se refieren a la estructura del lugar (espacio concreto percibido por el ser humano), otros a las significaciones culturales y sociales del lugar (propiedades simbólicas y funcionales, límites culturales y simbólicos). Esta consideración conduce a postular que el espacio-soporte pasa a ser considerado un espacio concebido y vivido (Soja, 2008, p. 489), lo cual subraya la importancia de la interacción entre imaginario y las prácticas ciudadanas.

La importancia de la formación de imágenes del entorno urbano y las decisiones espaciales que los sujetos toman a partir de ellas han despertado un creciente interés. Este entretejido de imágenes y de afectividad que se produce en la ciudad contemporánea ha sido analizado, desde perspectivas más recientes, por Armando Silva, quien sostiene que “las representaciones que <los habitantes> se hagan de la urbe, de la misma manera, afectan y guían su uso social y modifican la concepción del espacio” (Silva, 2006, p. 26). En el mismo sentido, González y Kleidermacher (2018, p. 137), consideran que “las representaciones colaboran en la construcción de la “realidad social”, es decir, son elaboradas de manera relacional por los sujetos y refieren no sólo al presente sino también a lo que las generaciones pasadas han elaborado”.

En tanto, Lindón y Hiernaux (2012, pp. 16-17), han denominado como imaginarios a estas tramas articuladas de imágenes, dotadas de significados que orientan a las personas en su vida práctica. En el mismo sentido, podemos acordar con Vera et al. (2021), respecto de que las representaciones sociales y los imaginarios se articulan y podrían complementarse. La cuestión central radica en que los seres humanos se apropian de múltiples imágenes, que se van entramando con otras que ellos mismos han elaborado y con las cuales, en suma, leen e interpretan el medio.

El ámbito urbano tiene un rol privilegiado en la activación de nuestra capacidad de captación (percepción) y de imaginación (re-producción), dado que se produce una especie de avalancha de estímulos. Hiernaux sostiene que “la ciudad se encuentra entonces fragmentada en nuestra mente en un sinnúmero de imágenes que no forzosamente alcanzan coherencia entre sí como significantes” (2007, p. 22). El autor plantea que el imaginario funciona sobre la base de la construcción de imágenes mentales acerca de la realidad material (2007, p. 20). A partir de los esquemas previamente contruidos y asimilados (que actúan como matrices de comprensión) es que podemos tejer la urdimbre imaginal que conecta entre sí las imágenes captadas. Retomando las ideas de Hiernaux y Lindón (2007), en Hiernaux (2007, p. 20), es posible

argumentar que el imaginario es, entonces, un proceso dinámico que orienta a los sujetos en su cotidianeidad.

Las imágenes que las personas crean son producto de las interrelaciones que establecen o las miradas que posan sobre los otros y el ambiente en que viven. Y las tramas de sentido que entretejen esas imágenes contienen muchos elementos espaciales. Sin embargo, en ocasiones, los estudiosos de la dimensión imaginaria no siempre analizan lo espacial, cuestión a priorizar desde esta perspectiva.

Al respecto, Hiernaux (2007, p. 19), retoma a Simmel, quien señaló que “toda relación entre los hombres hace nacer en uno, una imagen del otro”, por lo cual el contacto con el otro en la vida barrial (o interbarrial) es una valiosa posibilidad que brindan los ámbitos urbanos. El espacio puede entonces ser considerado como el lugar donde los hombres de ideologías, puntos de vista o condiciones de vida diferentes buscan desplegar sus imaginarios, lo cual abre el juego de las tensiones sociales y de las estrategias de los ciudadanos. En efecto, se viene remarcando la existencia de un debilitamiento de los contactos sociales. Sabatini y Brain señalan que la segregación espacial de los grupos populares viene reforzando cada vez más la desintegración social, dando lugar a procesos de “guetización” (Sabatini y Brain, 2008). Todo ello transforma a los barrios pobres “en focos territoriales de anomia, cuya presencia contribuye fuertemente a la erosión de la calidad de las relaciones sociales en las ciudades”. (Katzman, 2007, p. 194).

En este contexto, es pertinente argumentar que, si las relaciones de los hombres con los lugares están codificadas y demarcadas por signos, entonces es posible concebir que los territorios tienen unos límites a partir de los cuales el sujeto se reconoce, pudiendo quedar determinados un ‘adentro’ y un ‘afuera’. Estar dentro de los bordes de un territorio por lo general hace que los usuarios familiarizados con él se auto reconozcan; mientras que por fuera de dichos bordes se ubica al foráneo, al que no pertenece al territorio. Es así como el sentido del lugar refiere a los sentimientos de pertenencia a áreas, a prácticas y a aspiraciones (Bailly, 1992, p. 377), porque esos lugares vividos son también espacios imaginarios.

En efecto, se ha resaltado la cuestión del uso selectivo y segregado que hacen de la ciudad quienes la habitan, lo cual contribuye a que sus residentes se formen visiones sesgadas y fragmentarias (Nel.lo, 2009, p. 190). A partir de lo argumentado por Bourdieu, puede señalarse que los agentes y grupos se definen por sus posiciones relativas en el espacio. En la perspectiva de Bourdieu, el espacio social es un espacio pluridimensional de posiciones, donde cada una de éstas puede definirse

en función de un sistema con multiplicidad de coordenadas ligadas a la distribución de un tipo de capital diferente (2011, p. 20). De esta forma, el espacio social es una construcción que define acercamientos y distancias sociales. De acuerdo a Bourdieu, “hablar de un espacio social significa que no se puede juntar a cualquiera con cualquiera ignorando las diferencias fundamentales, en particular las económicas y culturales” (Bourdieu, 1990, p. 286). En este sentido, una de las principales tesis de Durkheim y Mauss es que la diversidad de las cosas, entre ellas el espacio, reproduce la diversidad social. La manera en que se divide el espacio -en norte y sur, arriba y abajo, o izquierda y derecha- es, en términos generales, una lógica de origen social de las que se sirven las personas, pero que no es creada por ellas (Durkheim, 1996, p. 30). En ese sentido, adquiere relevancia procurar entender a los espacios urbanos en el marco de procesos sociales y relacionales.

Materiales y métodos

En términos metodológicos, esta investigación de corte cualitativo se inscribe en la perspectiva fenomenológica. Se privilegia un enfoque centrado en interpretar y comprender la percepción respecto de los espacios urbanos. Se basa en una serie de observaciones y de entrevistas, diseñadas con el objetivo de captar y comprender los caracteres preponderantes de los imaginarios urbanos que circulan en el sector nordeste de la ciudad de Santa Fe y a través de los cuales los ciudadanos desarrollan su cotidianeidad en su propio barrio y además interactúan con otros. Primeramente, mediante observaciones etnográficas, se realizaron estadías prolongadas tanto en el barrio de Guadalupe como en el de Coronel Dorrego a fin de relevar los modos de producción territorial, es decir las prácticas cotidianas de los habitantes, sus desplazamientos y las relaciones sociales en el marco de la vida barrial. Esta tarea se desarrolló en puntos de encuentro de notoria afluencia de vecinos como zonas comerciales, plazas, iglesias o centros comunitarios. En el caso de Coronel Dorrego se contó con la asistencia y colaboración de trabajadores comunitarios del Salón ‘Cáritas San Cayetano’¹ que facilitaron el acceso al barrio y orientaron respecto de las dinámicas barriales cotidianas.

1 Cáritas es una organización de la Iglesia católica que se dedica a ayudar a las personas más vulnerables, excluidas y pobres. Su misión es promover el desarrollo integral de las personas, denunciar las injusticias y construir un mundo más justo. Esta institución ofrece alimentos y asistencia a adultos mayores del barrio.

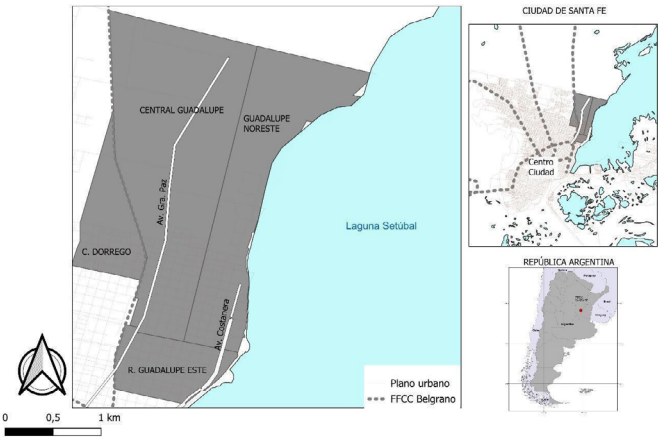
En segundo lugar, se utilizó la técnica de recolección de información mediante entrevistas dirigidas a residentes de ambos barrios, las cuales tuvieron por objeto conocer elementos vinculados a la construcción de representaciones sociales y prácticas espaciales. Para ello se diseñó un cuestionario aplicado a residentes del barrio en los lugares mencionados anteriormente. Se indagó sobre los siguientes tópicos considerados relevantes para este estudio: referencias acerca de los límites percibidos de cada barrio, las denominaciones usuales, imagen de su propio barrio y del lindero, nivel de agrado y desagrado con respecto a su propio barrio y el lindero, formas de interacción con sus vecinos, preferencias para las trayectorias cotidianas, zonas que evitan transitar y principales conflictos, primordialmente. De manera adicional, el cuestionario recolectó información respecto de la edad, sexo, nivel educativo, tiempo de permanencia en el barrio y ocupación. Se trabajó con 90 entrevistados adultos en ambos barrios, comprendiendo personas de entre 20 y 75 años, con un nivel educativo predominante secundario y terciario, entre los que se cuentan trabajadores, jubilados, estudiantes, comerciantes y profesionales. Al respecto, en Guadalupe el promedio de edad de los entrevistados se ubica en 46,8 años, el 65% son mujeres y el 35%, varones, con nivel educativo mayoritariamente secundario y universitario -finalizados o en curso. En coronel Dorrego, la media de edad de los habitantes relevados es de 41,5 años, siendo el 65% mujeres y el 35%, varones, con nivel educativo predominantemente primario y secundario -completo o incompleto-. Las respuestas recogidas se volcaron en una planilla en formato Excel lo cual posibilitó sistematizar y organizar la información a partir de los tópicos puntualizados precedentemente. Se analizaron las respuestas de acuerdo a la mención de determinadas palabras o frases claves que los entrevistados expresaron con mayor frecuencia. Esta estrategia contribuyó a la interpretación y de este modo fueron emergiendo los rasgos de la percepción de los entrevistados respecto de sus barrios. Adicionalmente, con dicha información se elaboraron resúmenes, gráficos y mapas que constituyen la base de este trabajo. El estudio de casos se sustenta en la premisa que lo que ocurre en un lugar, por pequeño que sea, es siempre representativo del movimiento del conjunto, ya sea de una ciudad o de una zona de ésta.

Resultados y conclusión

Paisajes imaginarios en Guadalupe y Coronel Dorrego

El área de estudio se ubica en el nordeste de la ciudad de Santa Fe (Argentina), donde convergen los barrios de ‘Guadalupe’ y ‘Coronel Dorrego’ (Figura 1).

Figuras 1. Área de Estudio.

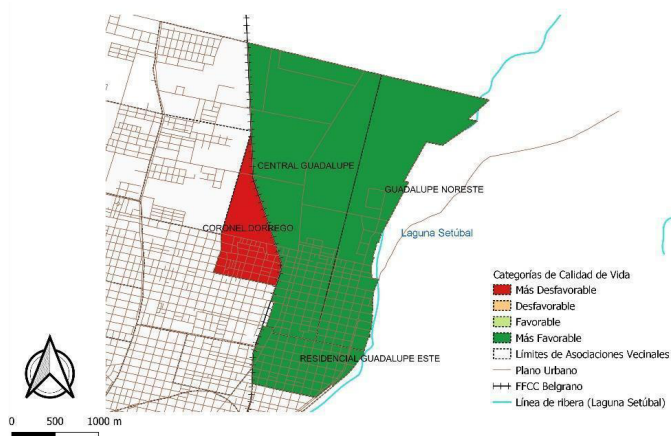


Fuente. Elaboración propia sobre datos de Municipalidad de la ciudad de Santa Fe (2024).

De acuerdo a las condiciones morfológicas y de calidad de vida, en la zona bajo estudio colindan dos ‘fragmentos’ urbanos contrastados. En Guadalupe, el índice de calidad de vida² (Velázquez, 2008, p. 201; Gómez, 2011, p.125) presenta condiciones favorables, mientras que Coronel Dorrego, presenta condiciones desfavorables(Figura 2).

2 Según Velázquez (2008) el índice de calidad de vida es una medida de logro respecto de un nivel establecido como óptimo, teniendo en cuenta dimensiones socioeconómicas y ambientales que dependen de la escala de valores prevalecientes en la sociedad y que varían en función de las expectativas de progreso histórico.

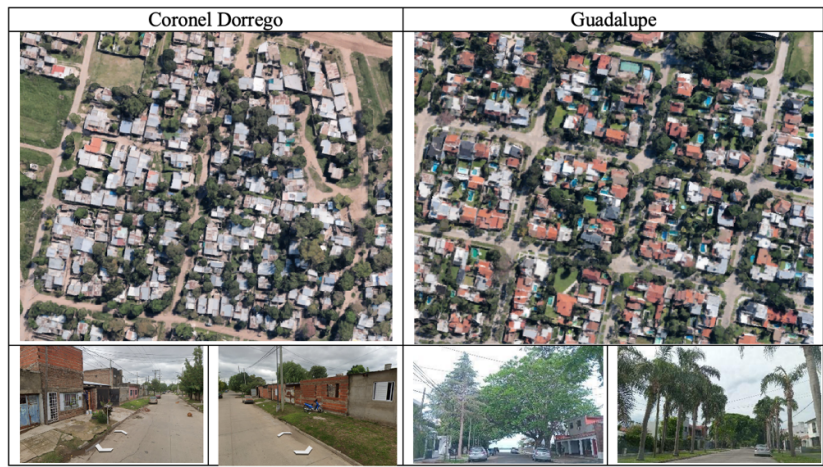
Figura 2. Índice de calidad de vida (2010)



Fuente. Elaboración propia sobre datos de Municipalidad de la ciudad de Santa Fe e INDEC (2010).

La morfología del barrio de Guadalupe se caracteriza por amplias casas de buena calidad constructiva y espacios ajardinados, junto con calles asfaltadas y veredas anchas y arboladas. El uso del suelo es fundamentalmente residencial, excepto en ciertas avenidas en las cuales se ubican los principales comercios. En contraposición, Coronel Dorrego también es un barrio netamente residencial, sin embargo sus viviendas tienden a ser más sencillas, menos espaciosas y las condiciones urbanas son deficitarias, dado que cuenta con escasas calles asfaltadas – las cuales son más estrechas- y sus veredas son angostas y con menos presencia de espacios verdes (Figura 3).

Figura 3. Tejido urbano y aspectos morfológicos de los barrios estudiados.



Fuente. Fotografías obtenidas por medios propios y Capturas de Google Earth (2024).

Katzman (1999), advertía hace unos años las consecuencias en las ciudades de América latina de la existencia de distintas estructuras sociales en los barrios y que intervienen en el comportamiento de los vecinos. Recientemente, Francisca Márquez (2012), se ha preguntado por la construcción y génesis de las identidades urbanas en el marco de ciudades segregadas. Siguiendo a la mencionada autora podríamos sostener que en las ciudades coexisten y se superponen identidades y modos de habitar opuestos y contradictorios, lo cual se reflejaría en los relatos y prácticas cotidianas de los habitantes. Estos factores de diferenciación interbarrial representan un escollo para la relación de los habitantes de distintos barrios.

Los barrios estudiados carecen de delimitación formal y por tanto se trata de áreas urbanístico-sociales (Gallastegui Vega y Galea Alarcón, 2008, p. 34) con límites difusos. A nivel oficial, en el barrio de ‘Guadalupe’ se localizan tres ‘asociaciones vecinales’ -Central Guadalupe, Residencial Guadalupe Este y Guadalupe Noreste-. Mientras, el barrio Coronel Dorrego está contenido en una única asociación vecinal (Figura 1). Cabe consignar que por tratarse de vecinales ubicadas en la zona periférica de la ciudad, exceden el área netamente amanzanada y urbanizada, incorporando además terrenos vacantes y/o rurales, con nula o escasa población.

Guadalupe es el barrio más antiguo del sector noreste de la ciudad. Su urbanización comenzó entre los siglos XIX y XX a partir de la exis-

tencia de un oratorio dedicado a la Virgen de Guadalupe de México, que la Familia Setúbal había construido en sus tierras, cerca de la antigua Laguna Grande (actualmente, Setúbal). En aquellos tiempos, el amanzanamiento se fue configurando a partir de la capilla que se construyó en 1779 bajo la advocación de la Virgen. Este poblado se encontraba 5 kilómetros al noreste de la ciudad de Santa Fe y, su frondosa arboleda y amplias playas sobre la laguna Setúbal –tributaria del río Paraná– fueron factores que contribuyeron a que adquiriera fisonomía de zona de ‘retiro’ y esparcimiento de grupos sociales acomodados. Hacia la década de 1960, producto de la densificación del centro de la ciudad de Santa Fe y la creciente suburbanización de grupos sociales acomodados, el barrio de ‘Guadalupe’ asume rasgos definitivos de villa residencial.

Según las entrevistas realizadas en dicho barrio, referencian a ‘Guadalupe’ como un gran barrio y para ellos es el lugar *donde* viven y además reconocen su delimitación: al Este, la ‘Costanera’, ‘Avenida Almirante Brown’ y la ‘laguna Setúbal’; al Norte, es la calle French la que acumula más consenso a la hora de elegirla como borde. De ello surge que el imaginario espacial de los guadalupanos excluye una porción barrial –menos habitada y más nueva– que continúa al norte de esa calle. En cuanto al límite Sur, es la calle Cassanello la que más consenso reúne como borde barrial lo cual, coincide con la demarcación oficial meridional de la vecinal ‘Residencial Guadalupe Este’. En cuanto al Oeste, se señalan a ‘la vía’, ‘calle Dorrego’ y ‘Avenida Gral. Paz’, es decir tres elementos lineales paralelos y contiguos. Cabe consignar que la ‘vía’ del Ferrocarril Belgrano discurre sobre un terraplén elevado ejerciendo una separación visual entre ambos barrios (Figura 3). En suma, según nuestra investigación, los guadalupanos expresan notoria identificación con la denominación ‘barrio de Guadalupe’ y para ellos éste es un amplio barrio sobre el cual tienen construido su propio sistema de límites y/o bordes, acudiendo para ello a elementos urbanos de fuerte impronta.

El proceso de conformación del barrio Coronel Dorrego comenzó hace alrededor de cinco décadas, aunque como un ‘anexo’ de construcciones precarias aledaño a la vía del ferrocarril mencionada y a las lagunas y cavas adyacentes (Figura 3). Con el tiempo, parte de ese ‘anexo’ se fue expandiendo hacia el norte sobre un predio fiscal destinado a construir una avenida de circunvalación que nunca se concretó. Entre los avances más recientes del barrio, se cuentan la instalación del alumbrado público y la llegada del agua potable. Al momento de realizar el estudio, todas las calles eran de tierra, no ingresaban los transportes públicos, no había escuelas, ni sede policial. Tampoco existían centros estatales

de atención sanitaria, y en esa materia es asistido por la ONG 'Movimiento Los Sin Techo'. La institución 'Cáritas San Cayetano' ofrece un servicio de almuerzo a adultos mayores del barrio. En los últimos años se realizaron obras de mejoramiento público en el marco del Plan Urbano con cuadrillas conformadas por vecinos.

La denominación oficial 'Coronel Dorrego', si bien data de varios años, no tuvo mayor uso hasta años recientes cuando el gobierno municipal comenzó a imponerla mediante cartelera. De hecho, sus residentes expresan otras denominaciones, las cuales varían según los grupos poblacionales. Los adultos mayores tienden a comunicar que ellos viven en 'Guadalupe Oeste', mientras que, para los pobladores más jóvenes, su lugar de residencia es 'Coronel Dorrego'. Al repreguntar por la existencia de otras denominaciones del barrio, emergió el nombre 'La Chaqueñada'. Esta denominación, la atribuyen al imaginario de que entre los primeros pobladores hubo migrantes provenientes de la Provincia del Chaco e incluso del norte de la Provincia de Santa Fe. En el imaginario de los más jóvenes están presentes las denominaciones 'El Chaqueño', 'La *Chake*' (sic) o 'Zona Roja' -denominación que ellos atribuyen al lenguaje policial-.

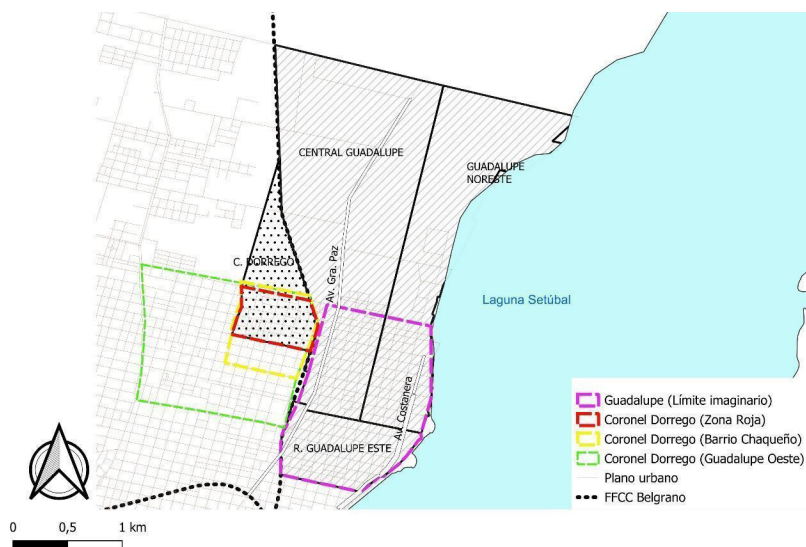
Estas evidencias permiten argumentar que en Coronel Dorrego, circulan denominaciones diferentes que se relacionan con los usos interno y externo. Entre las primeras, encuadrarían las opciones 'Cha-queño', 'Chaqueñada', 'La *Chake*'; entre las segundas 'Coronel Dorrego' o 'Guadalupe Oeste'. En relación a esta ambivalencia toponímica, cabe preguntarnos, ¿cuál sería el topónimo 'legítimo' de un lugar (si lo habría)? ¿aquel que posee reconocimiento en el propio lugar? o ¿aquel con el cual ese lugar es reconocido externamente? Varias de estas denominaciones no son más que 'significaciones imaginarias', es decir aquellas "con las que las comunidades se responden a sí mismas sobre su sentido como colectividad" (Balzano, 2000, pp. 290-291).

La existencia de estas dos tipologías de nombres nos condujo, durante el trabajo de campo, a hipotetizar que esta cuestión podría estar relacionada con las implicancias que acarrearía a los vecinos utilizar unos u otros nombres. Al repreguntar a los entrevistados, primordialmente jóvenes, sobre la existencia de esta amplitud de denominaciones, se observaron sonrisas o miradas esquivas cuando aludían a los nombres 'internos'. Al indagar acerca de si evitaban intencionalmente mencionar estas denominaciones barriales ante foráneos, los entrevistados en general respondieron positivamente, aduciendo temor a ser 'rechazados'.

En cuanto a los límites barriales, hay notorias singularidades que podrían atribuirse, a priori, a cierta carencia de referencias espaciales de

los residentes en relación al barrio en que viven, o bien a la conveniencia de ‘adoptar’ la denominación de barrios linderos para no mencionar su propio barrio (Figura 4). No obstante, las evidencias abonan más ésta última hipótesis, lo cual señalaría que los habitantes de Coronel Dorrego expresan una especie de espacialidad ‘extrapolada’ de su propio barrio con el objeto de mixturarse con otros barrios linderos. Estas divisiones del espacio presentan connotaciones sociales y remiten a reflexionar acerca de la naturaleza social de las mismas (Durkheim, 1996). En suma, según nuestra investigación, los habitantes de Coronel Dorrego, en su imaginario, utilizan un abanico de denominaciones para referirse a su barrio, incidiendo en ello el grupo etario. Ellos, además, expresan una escasa referenciación con elementos urbanos y el mapa mental de su barrio desborda los límites ‘oficiales’, fundamentalmente hacia el sur y el oeste. Si bien podría argumentarse que tal como señala Del Acebo Ibáñez “El límite no sería un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial” (1996, p. 82), es dable pensar que ambos procesos se retroalimentan.

Figura 4. Barrios “Guadalupe” y “Coronel Dorrego” (Chaqueño): límites imaginarios.



Fuente:. Municipalidad de la ciudad de Santa Fe y entrevistas sobre imaginarios urbanos.

Identificado el mapa mental de la zona bajo estudio, a continuación, se analizan los imaginarios y representaciones espaciales correspondientes a cada barrio: 'Guadalupe' y 'Coronel Dorrego'.

Guadalupe: el jardín inseguro junto a la laguna

Con respecto a Guadalupe, cuando se consultó a los habitantes acerca de aquello que más les agrada dentro del barrio, emergieron respuestas que aludieron a: 'las arboledas', el 'verde', 'la laguna', las 'veredas anchas', 'los jardines' y 'la costanera'. Los residentes señalan que estos elementos paisajísticos remiten a un 'entorno ambiental natural' y evocan rasgos de algún modo 'campestres'. En conjunto, estos imaginarios constituyen algo distintivo de Guadalupe, junto a la predominancia de amplias casas con jardines. Según los elementos recabados, Guadalupe es un barrio en el cual sus habitantes gustan vivir y, además, lo valoran por la conexión que mantiene con el medio natural. En segundo plano, otros significantes de los guadalupanos son la 'tranquilidad' y la 'familiaridad', aspectos que estarían más relacionados con las características de la vida social del barrio.

La investigación señala que los vecinos del barrio asumen que en su mayoría son nacidos allí, aunque de acuerdo a los elementos encontrados, los guadalupanos consideran que residen también algunos habitantes foráneos. No obstante, han señalado que en el tiempo pasado el aporte foráneo provenía del exterior del país, o de otras zonas de éste, mientras que en la actualidad suponen que la población llega de otras provincias argentinas y primordialmente de otros barrios de la ciudad.

Entre aquello que disgusta del barrio, la 'inseguridad' es la problemática más mencionada, por lejos. ¿Podría constituir esto una paradoja en relación a la 'tranquilidad' que los guadalupanos han señalado como característica 'positiva' del barrio? De los relatos surge que la representación de 'tranquilidad' parecen asociarla a las ideas de pasividad, silencio y vida pasiega. Frases tales como: 'hay poco tránsito, no es como el centro', 'acá es tranquilo, parece un pueblo', 'acá nos conocemos todos' o 'estamos lejos del centro' fueron manifestadas por los habitantes para argumentar la mentada 'tranquilidad'. Mientras, la 'inseguridad', parecen vincularla directamente a la ocurrencia de una inusual y pertinaz ola delictiva y, al resultar la palabra más nombrada en las entrevistas, termina expresando una imagen particularmente representativa de la actual Guadalupe.

Pero los guadalupanos manifiestan, de acuerdo a nuestra investigación, sentirse 'cómodos' en el barrio. Entre los fundamentos aducidos

para justificar el ‘arraigo’, se han mencionado primordialmente razones de índole ‘generacional’, ‘vecindad’, ‘presencia de servicios’ y, una vez más, ‘tranquilidad’. Tales representaciones permiten visibilizar la existencia de lazos afectivos con el barrio, además de percibirlo como un entorno agradable para vivir. Eso denota que esas imágenes estarían contribuyendo a despertar un estado de bienestar en los habitantes, al cual no parecerían querer renunciar. Valores como la ‘amistad’, la ‘solidaridad’, la ‘amabilidad’, junto a sensaciones como ‘nos cuidamos entre los vecinos más cercanos’ se entretajan constituyendo un campo imaginario en el cual la interacción entre vecinos juega un importante papel en el apego barrial. Este arraigo con Guadalupe se vería reforzada a su vez con la trayectoria de las historias familiares: ‘es el barrio en donde me crié’, ‘mi familia siempre vivió aquí’, ‘viví toda la vida acá’. Estas vivencias denotan que la experiencia y las trayectorias de vida retroalimentan el apego barrial, y por ello los Guadalupeños manifiestan sentirse cómodos en el barrio y tienen escasas expectativas de mudarse, a pesar de las imágenes o sensaciones que representan disgusto.

La identificación con un lugar se fundamenta en el reconocimiento de sitios representativos, los cuales en ocasiones hacen al sentido de pertenencia (Bailly, 1992, p. 377). En ese sentido, de acuerdo a la investigación, los guadalupanos refieren como tales a ámbitos, espacios, edificios, monumentos o avenidas, tanto sea por una proximidad geográfica como afectiva (las escuelas, las universidades, las plazas) pero además aparecen muy nombrados aquellos sitios que constituyen un hito de escala urbana: la basílica de la Virgen de Guadalupe, quizás identificada por las multitudinarias peregrinaciones que se realizan y la devoción religiosa. O la Avenida costanera, lugar muy frecuentado por los santafesinos en general, para el paseo, el esparcimiento y la práctica de actividades deportivas. Estos elementos permiten argumentar que en el barrio se reconoce un capital cultural y simbólico, muy ligado a la presencia de la basílica de la Virgen de Guadalupe y de la Universidad Católica.

Los imaginarios que los propios habitantes manifestaron respecto de Guadalupe refirieron a la ‘inseguridad’, ‘paseos’, ‘mate’, ‘recreación’, ‘playa’, ‘laguna’, ‘barrio tranquilo’, ‘poco tránsito’, ‘silencio’ y ‘recambio poblacional’. A su vez, la observación in situ permitió captar escenas de la vida barrial. Se evidenció una escasa presencia de transeúntes y pocos actos de socialización o intercambio interpersonal en la vía pública. Las amplias veredas lucen solitarias gran parte del día. El automóvil presente en las veredas y calles denota que es un medio de movilidad ampliamente utilizado. Dada la lejanía del barrio con el centro de la

ciudad, disponer de auto (o varios) es importante para desarrollar la vida cotidiana de los habitantes. Por ello las amplias viviendas unifamiliares poseen en general garajes y anchos jardines, los cuales van quedando ocultos y encerrados detrás de muros o cerramientos altos que día a día se construyen reemplazando a los muros bajos. Según la investigación, los vecinos prefieren una socialización de proximidad, desarrollada en ámbitos más reducidos, y con una frecuencia suficiente para que haga perdurar el vínculo (en ocasiones por necesidad de cuidarse mutuamente). A su vez, las representaciones evocan reuniones que se realizaban en las veredas, en tiempos pasados. Guadalupe según sus habitantes es un jardín arbolado y tranquilo, que ha cambiado mucho y se volvió inseguro, pero allí sigue, junto a la laguna.

Coronel Dorrego: una ciudadela marginada, atemorizada y atemorizante

De acuerdo a la investigación, los habitantes del barrio Coronel Dorrego no parecen tener definido con claridad sentirse a gusto en el barrio no obstante, en general, pocos cambiarían su barrio por otro: ‘acá tengo todo’, ‘tuve mis hijos’, ‘no sé, me costaría’ o ‘tengo mis parientes’ o ‘amigos’. Los consultados aportaron escasos sitios representativos en el barrio. Incluso para algunos ‘no hay nada’. Sin embargo, entre los lugares representativos se destacan espacios tanto ‘privados’ como ‘públicos’. Dentro de los primeros, fueron mencionados ‘la casa de mis amigos’ o ‘de mi abuela’. Entre los segundos, ‘el pasillo’ o la ‘esquina’. En todos los casos se trata de lugares que denotan vínculos de familiaridad o amistad. Entre las instituciones representativas, llamó la atención que los habitantes mencionaron la acción que ellas realizan en lugar de los nombres de las mismas: por ejemplo, se hace alusión a ‘la copa de leche’ y no a la ONG ‘Los Sin Techo’, que sirve la merienda.

Actualmente, según los propios habitantes de Coronel Dorrego, en su barrio se destacan la ‘solidaridad’, el ‘compartir’ y la ‘amistad’. Estos valores de Coronel Dorrego parecen estar vinculados a imágenes muy presentes entre sus habitantes: ‘la gente se sienta afuera’, ‘la gente sale para todos lados’, quedando claro que colocan en un lugar central a la gente, al encuentro y la vida de la casa hacia la calle. Nuestra investigación señala que las relaciones humanas de alguna manera marcan el arraigo con el lugar: ‘es el lugar donde estás’, ‘es donde tengo mi casa’, ‘mis vecinos’ o la ‘parroquia’. Es posible señalar que los vecinos identifican y valoran lazos o vínculos con sus pares y con el barrio. Sin embargo, el imaginario parece transformarse a través del tiempo: se encontró a vecinos que piensan que el barrio está ‘retrocediendo’

en valores, generacionalmente. Los adultos mayores comentan que el barrio les gusta por 'la gente buena', entre los que incluyen fundamentalmente a los habitantes antiguos o de mayor edad. Es que los adultos tienden a expresar que los jóvenes serían 'la gente mala' o los que tienen 'malas juntas'. Hay visiones más pesimistas aún: en el barrio no hay 'nada bueno', llegaron a manifestar algunos. Los adultos mayores evocan la música de chamamé que se escuchaba otrora. Ellos señalan que, actualmente, ha ganado el género musical de la cumbia villera.

Los habitantes de Coronel Dorrego manifiestan que aquello que más les disgusta es la sensación que en el barrio conviven con la 'inseguridad', sobre todo por los tiroteos que se suceden. Dicen sentir 'impotencia al no poder hacer nada para cuidar la vida' de sus allegados, y la 'injusticia'. Los vecinos expresaron que ello se agrava frente al modelo de dinero fácil relacionado a negocios turbios y el auge de la conflictividad entre 'bandas'. Al respecto, los jóvenes relacionan la inseguridad con el accionar policial, señalando que (la policía) 'te frena y no tenés nada que ver'. Otros aspectos que les disgusta son la 'marginalidad' y la 'discriminación' de la que son objeto por los foráneos.

En cuanto al origen de la población que conforma el barrio, sus habitantes tienden a imaginar que los residentes fueron llegando por oleadas, así como al principio vivieron peones 'golondrina' que desarrollaban labores de cosecha en quintas de la zona, o bien pescadores y algunos ferroviarios, luego fueron los trabajadores de oficios, que eran demandados al otro lado de la vía, en Guadalupe. Más hacia la actualidad, ellos señalan que llegan personas desde otros barrios de la ciudad, y que lo hacen con una actitud particular: vienen a 'refugiarse' allí.

Según sus propios habitantes, la imagen, sensación o sentimiento que resume al barrio Coronel Dorrego se inscribe sobre las siguientes ideas: 'no estamos bien', 'abuelos abandonados', 'chicos en la calle', 'mucho droga', 'jóvenes con mala junta', 'bandas tira-tiros'. De esos imaginarios surge que los habitantes del barrio sienten que existe un deterioro social y problemas en un barrio que se encuentra atravesado por poderes o flagelos que buscan imponer su fuerza, creando fortalezas internas de difícil transitabilidad. En ese sentido, los vecinos han manifestado a la calle Alberdi (Figura 3) como un límite que sectoriza al barrio en este y oeste. Coronel Dorrego parece funcionar como una ciudadela dado que es de difícil acceso para foráneos. De hecho, los habitantes de Guadalupe no ingresan a este barrio.

Los propios habitantes expresan la importancia de la 'vecindad', pero 'de proximidad', dado que imaginan el barrio sectorizado por bandas antagónicas que atemorizan, resultando un funcionamiento como 'ciu-

dadela' caracterizada por la marginalidad y la injusticia. La imagen de Coronel Dorrego parece quedar sintetizada: un conglomerado humano con deterioro social, que se volvió peligroso para sobrevivir y atemorizante hacia afuera; que ha dejado el chamamé por la cumbia villera.

Territorios vecinos: imaginarios cruzados

Los habitantes de Coronel Dorrego representan a Guadalupe como 'otro mundo', 'más lindo' y 'seguro'. 'Es lindo saliendo de Dorrego, es más seguro que mi barrio' dice una habitante de Coronel Dorrego. 'No frecuento (Guadalupe), pero vive gente bien, no hay problemas como acá, es una zona linda', dice otra. Otros expresan una mirada más neutra: 'es un barrio más'. Sin embargo, entre las respuestas aparecen vetas que marcan sensaciones negativas: 'no me gusta, es gente muy discriminadora'; 'Me gusta, pero no veo solidaridad, sino frialdad entre los vecinos' o 'Los vecinos no se conocen con el otro'.

Las representaciones sociales negativas sobre Guadalupe que se han construido entre los habitantes de Coronel Dorrego, no impiden el acceso y circulación interbarrial: los habitantes del barrio Chaqueño van hacia Guadalupe cotidianamente: 'ir a pescar', 'trabajar', 'realizar compras y abastecimiento', entre 'otros'. Manifiestan que calle Javier de la Rosa es la más frecuentada para el desplazamiento. Sin embargo, el interjuego de relaciones puede dar lugar a tensiones. Los jóvenes del barrio Chaqueño, al circular por Guadalupe, tienen la sensación de generar comentarios tales como: 'mirá éste con cara de choro malandra' o 'esos negros villeros, cuando ven a gente de acá [Coronel Dorrego]'; a la vez que manifiestan sentir 'bronca al ver que la gente se cruza de vereda'.

Esta actitud de los guadalupanos podría estar sustentada, de acuerdo a nuestro estudio, en los imaginarios que éstos poseen acerca del barrio Chaqueño: 'nido de malvivir', 'hay robos' o 'hay tiros'. De alguna manera los habitantes de Guadalupe orientan las decisiones circulatorias y sus desplazamientos según estos imaginarios. Expresan que procuran evitar circular por zonas dentro del mismo Guadalupe: las 'calles internas' y las 'cortadas', 'poco iluminadas', 'oscuras' y las calles 'solitarias'; incluso lugares simbólicos del propio barrio como la zona del 'seminario' y de la 'universidad católica'. Estas modificaciones que realizan los habitantes en cuanto a la circulación son un reflejo de la 'imagen' de creciente inseguridad: evitar circular en ciertas franjas horarias como 'durante la siesta' y 'la noche'. Por otro lado, excluyen de su espacio de vida la zona cercana al barrio Dorrego: 'las calles

más alejadas', 'la zona de vías', 'las calles de tierra', 'la zona norte' y 'la chaqueñada'. La investigación demostró que los imaginarios de los guadalupanos respecto del barrio Chaqueño aparecen impregnados de peligro y miedo, y a su vez, inciden en el desarrollo de sus prácticas espaciales. La imagen de nido de delictuosidad y carencias acerca del barrio Coronel Dorrego es un factor precursor de la desintegración social entre los segregados objetiva y subjetivamente (Sabatini, 2003, p. 30).

Por otra parte, las representaciones sociales de los habitantes de Guadalupe acerca de la comunidad del barrio chaqueño se alimentan de sus características poblacionales. El factor migratorio es central, dado que los guadalupanos piensan que la población lindera se conforma de inmigrantes llegados de otras provincias, aunque imaginan que en el último tiempo llega población procedente de otros barrios de la ciudad. Expresan que es un 'conglomerado de mezcla social', la cual se compone básicamente en términos de aquellos que cometen delitos y aquellos que no, a los que suelen denominar 'gente mala' y 'gente buena', respectivamente. Y esa mezcla a su vez, tiene un componente generacional, los jóvenes integrarían el primer grupo, y los mayores o ancianos, el segundo.

Los guadalupanos expresan que no se imaginan teniendo amigos en el barrio chaqueño, sin embargo, señalan que desarrollarían ciertas tareas de asistencia social: 'colaborar en campañas sociales', 'educar', 'atender' o 'generar respeto' (sic). Los orígenes de la segregación espacial y la problemática interbarrial la enfocan en la ocurrencia de delitos (robos, delincuencia, droga, violencia, inseguridad) que se dan en Guadalupe y son atribuidos a personas que provienen del barrio chaqueño. No obstante, también destacan el origen en 'la diferencia social', 'el escaso nivel educativo y de formación', 'la falta de posibilidades', la exclusión y marginación, y en ese sentido aparece en menor medida la imagen de 'desconfianza' hacia los habitantes de Coronel Dorrego.

En este contexto cabe preguntarnos si podría pasar por el plano de los imaginarios la oportunidad para el acercamiento interbarrial. La búsqueda de nuevas estrategias orientadas a que los habitantes de uno y otro barrio se encuentren más en la cotidianeidad, ¿podría ayudar a que puedan re-presentar al otro de un modo diferente al que se ha logrado identificar? Según Sabatini y Brain (2008), no existen impedimentos culturales, sociológicos ni económicos para conseguir menores grados de segregación social del espacio en las ciudades latinoamericanas, objetivo que debe ocupar un lugar crítico en la política pública considerando que los barrios populares segregados se están "guetizando" (p. 6).

Este estudio ha logrado identificar que de acuerdo a las condiciones morfológicas y de calidad de vida, en la zona bajo estudio colindan dos ‘fragmentos’ urbanos claramente diferentes. Las condiciones socioeconómicas de los barrios son específicas y diferenciadas, lo cual estaría sustentado en una historicidad y en la existencia de disímiles condiciones de surgimiento, conformación y trayectoria.

Las evidencias permiten señalar que en estas condiciones diferenciadas se alojan muchas de las claves necesarias para comprender la construcción de las representaciones sociales de cada barrio y de las relaciones que se establecen. Ha sido posible decodificar prácticas espaciales y las tensiones cotidianas que se suscitan entre los habitantes de dichos fragmentos urbanos de Santa Fe.

Quedó expuesta la coexistencia de una diversidad de demarcaciones interbarriales: las legales y las que utilizan los habitantes para identificar tanto su propio barrio como el lindero. Quedó expuesto que los habitantes se referencian en dichos barrios y construyen mapas mentales propios, a pesar de la existencia de las delimitaciones oficiales de las ‘asociaciones vecinales’ que, en general no son mencionadas ni reconocidas como ‘ámbitos’ de residencia por sus respectivos habitantes. Así como los límites del mapa mental del barrio de Guadalupe son en términos generales claramente compartidos, en el caso de Coronel Dorrego hay notorias divergencias. Otra particularidad refiere a la identificación de una diversidad de denominaciones asignadas al barrio Coronel Dorrego, lo cual está en estrecha relación con los grupos etarios. Se evidencia que estas divisiones del espacio presentan connotaciones socioeconómicas.

Por otra parte, fue posible identificar imaginarios y representaciones sociales en los barrios analizados, quedando de manifiesto los elementos en los cuales se sustentan. En el caso de Guadalupe, la imagen de ‘tranquilidad’ barrial está asociarla a ideas de pasividad, silencio, vida pasiega, vecindad y arraigo generacional. Como contracara, en Coronel Dorrego se evidenciaron representaciones vinculadas a un disgusto social con el barrio, lo cual se asocia una mala calidad de vida, problemáticas sociales y marginalidad. De esos imaginarios surge que los habitantes del barrio sienten que existe un deterioro social y problemas en un barrio que se encuentra atravesado por poderes o flagelos que buscan imponer su fuerza, creando fortalezas internas que inciden en las prácticas de desplazamientos cotidianos.

En Guadalupe y Coronel Dorrego los imaginarios urbanos dan lugar a modos de habitar opuestos y contradictorios. Así, los habitantes de

ambos barrios orientan el desarrollo de su vida cotidiana tanto barrial como interbarrial. Estas dinámicas, probablemente, retroalimentan las ideas de ‘nosotros’ y de ‘ellos’, contribuyendo a la configuración de retazos urbanos cada vez más antagónicos y donde las suturas se dan en un contexto de violencia y de demandas: las ‘ciudadelas’ clamando por ‘urbanidad’ o ‘inclusión’ y las ‘ciudades ajardinadas’, ávidas de seguridad.

Los resultados evidencian un paisaje no visible pero que incide en la conformación del paisaje visible. En función de las representaciones sociales los habitantes tienden a orientar sus prácticas espaciales. Esto se exagera en el marco de la existencia de áreas urbanas donde habitan grupos sociales diferenciados, lo cual permite señalar que cada día queda más desdibujado el modelo de construcción de ciudadanía basado en el intercambio y la integración.

Entre los aspectos pendientes, podría señalarse que, habiéndose encontrado evidencias acerca de las representaciones sociales vinculadas con la convivencia interbarrial, sería pertinente una mayor indagación acerca de los factores que inciden en el grado de interacción entre diferentes zonas de la ciudad. De manera conexa, estas evidencias podrían viabilizar el diseño de políticas públicas tendientes a una mayor integración social urbana.

En suma, los resultados hallados se constituyen en una muestra acerca de cómo lo real de una ciudad no es sólo su materialidad, su política y su economía, sino también los imaginarios construidos a partir de tales fenómenos y por ello, el abordaje de la realidad urbana implica contemplar y comprender los imaginarios espaciales que de la ciudad tienen sus habitantes.

Bibliografía

- Bailly, A. (1992). Les représentations de la géographie. En A. Bailly, R. Ferras, y D. Pumain, (dirs.). *Encyclopédie de Géographie* (pp. 371-383). Economica
- Balzano, S. (2000). Dime como llamas al barrio y te contaré parte de tu historia: Aportes para una etnografía del barrio. En E. Del Acebo Ibáñez, (dir.). *El habitar urbano: pensamiento, imaginación y límite. La ciudad como encrucijada* (pp. 265-294). Usal
- Bourdieu, P. (1990). *Sociología y Cultura*. Dirección Nacional para la Cultura y las Artes.
- Bourdieu, P. (2011). *Las estrategias de la reproducción social*. Siglo Veintiuno Editores.

- Del Acebo Ibáñez, E. (1996). *Sociología del arraigo. Una lectura crítica de la teoría de la ciudad*. Editorial Claridad.
- Durkheim, E. (1996). *Clasificaciones primitivas (y otros ensayos de antropología positiva)*. Ariel.
- Gallastegui Vega, J. y Galea Alarcón, J. (2008). *El barrio como unidad operativa para el desarrollo local*. Grupo Editorial Lumen.
- Hiernaux, D. (2007). Los imaginarios urbanos: de la teoría y los aterrizajes en los estudios urbanos. *Revista Eure*, XXXIII(99).
- Jodelet, D. (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En S. Moscovici, (ed.). *Psicología Social*, II. Paidós.
- Kaztman, R. (1999). *Segregación residencial y desigualdades sociales en Montevideo*. CEPAL.
- Kaztman, R. (2007). La calidad de las relaciones sociales en las grandes ciudades de América Latina: viejos y nuevos determinantes. *Revista Pensamiento Iberoamericano*, 1, 177-205.
- Lindón, A. (2008). Los giros de la geografía urbana. Frente a la Pantópolis, la microgeografía urbana. *Scripta Nova*, XII(270), 1-16.
- Lindón, A. (2009). La construcción social de los paisajes invisibles del miedo. En J. Nogué (ed.). *La construcción social del paisaje* (pp. 217-240). Biblioteca Nueva
- Lindón, A., y Hiernaux, D. (2010). *Los giros de la Geografía Humana. Desafíos y horizontes*. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- Lindón, A., y Hiernaux, D. (2012). *Geografías de lo imaginario*. Anthropos Editorial; Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.
- López Rosas, J. (1993). *Santa Fe (La perenne memoria)*. Municipalidad de la Ciudad de Santa Fe.
- Lynch, K. (1984). *La imagen de la ciudad*. Gustavo Gilli.
- Márquez, F. (2012). Santiago de Chile: Ciudad propia, ciudad bárbara. *Bitácora Urbano-territorial*, 20(1), 21-30.
- Municipalidad de Santa Fe. (1973). Ordenanza N° 6677. <https://n9.cl/iv5s0j>
- Nello, O. (2009). La ciudad, paisaje invisible. En J. Nogué, (ed.). *La construcción social del paisaje* (pp. 181-196). Biblioteca Nueva
- Sabatini, F. (2003). La segregación social del espacio en las ciudades de América Latina. *Documentos del Instituto de Estudios Urbanos y Territoriales*, (35), 1-59.
- Sabatini, F., & Brain, I. (2008). La segregación, los guetos y la integración social urbana: mitos y claves. *Revista Eure*, XXXIV(103), 5-26.
- Silva, A. (2006). *Imaginarios urbanos*. Arango Editores.

- Soja, E. (2008). *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Traficantes de Sueños/Queimada Gráficas.
- Velázquez, G. (2008). *Geografía y Bienestar*. Eudeba.
- Vera, P., Cadena Pedraza, Y., y Torres Pérez, L. (2021). *Ciudades, imaginarios y representaciones sociales. Cruces entre culturas, experiencias y materialidades*. Red Iberoamericana de Academias de Investigación.
- Vittori, G. (1997). *Santa Fe en Clave*. Ediciones UNL-Fundación Banco Bica.